
Duración de la vida, natalidad y migraciones en España

Lifespan, childbearing and migrations in Spain

El balance entre nacimientos y defunciones (crecimiento vegetativo) y las entradas y salidas por migración (crecimiento migratorio) constituyen los componentes clásicos del análisis del crecimiento poblacional. Se exponen aquí sintéticamente sus principales tendencias actuales y su evolución histórica conocida, enfatizando sus respectivos vínculos e interdependencias. En conjunto muestran la revolución reproductiva experimentada por la población española, inserta en un cambio histórico mundial de consecuencias y alcance irrepetibles y enormemente positivos, pese a las alarmas y apocaliptismos tan extendidos actualmente.

Jaiotzen eta heriotzen arteko balantzea (hazkunde begetatiboa) eta migrazioagatiko sarrera eta irteerak (migrazio-hazkundera) dira biztanleriaren hazkunderaren analisirako osagai klasikoak. Hemen laburbilduta azaltzen dira horien egungo joera nagusiak eta bilakaera historiko ezaguna, bakoitzaren loturak eta interdependentziak nabarmenduz. Guztiek batera, Espainiako populazioak izan duen ugalketa-iraultza erakusten dute; hain hedatuta dauden alarma eta mezu apokriptikoen gainetik, mundu mailan ondorio ezin hobek eta irismen errepikaezinak dituen aldaketa historikoa da.

The balance between births and deaths on the one hand (vegetative growth) and migration inputs and outputs (migration growth) on the other, constitute the classic components of the population growth analysis. Its main current trends and its known historical evolution are presented here, emphasizing their respective links and interdependencies. Together they show the reproductive revolution experienced by the Spanish population, inserted in a world-wide historical change of unrepeatably and enormously positive consequences and scope, despite the alarms and apocalypsms so widespread today.

Índice

1. Introducción
2. El envejecimiento demográfico de España
3. Los nacimientos y la fecundidad
4. Las defunciones y la mortalidad
5. La mortalidad y la nueva vejez
6. Las migraciones
7. La inmigración interior y el abandono rural
8. El suicidio demográfico y otras simplezas

Referencias bibliográficas

Palabras clave: demografía, natalidad, mortalidad, migraciones, envejecimiento demográfico, población española.

Keywords: demography, birth rate, mortality, migration, demographic ageing, Spanish population.

Nº de clasificación JEL: J11, J13, R23

Fecha de entrada: 17/07/2019

Fecha de aceptación: 07/10/2019

1. INTRODUCCIÓN

En España, el envejecimiento demográfico, producto de la caída sin fondo de la natalidad, es el síntoma más evidente de una crisis poblacional que va a hundir el Estado del Bienestar, va a desembocar en un grave situación productiva y económica, va a acabar con la familia que siempre conocimos, y provocará, finalmente, una severa implosión demográfica que nos dejará inanes frente a otros países con población más pujante. O nos sumirá, en el mejor de los casos, en una oleada inmigratoria que desnaturalizará nuestra cultura y tradiciones nacionales. Este panorama, que se deriva de una descripción rigurosa, realista, ideológicamente neutra y basada simplemente en los datos demográficos oficiales, solo podrá evitarse adoptando medidas radicales de apoyo a la familia y la natalidad, a la vez que endureciendo las fronteras y evitando o expulsando con presteza a los inmigrantes ilegales.

* Demógrafo del Instituto de Economía, Geografía y Demografía del CSIC, desde 2007. Previamente, investigador del Centro de Estudios Demográficos (UAB), desde 1992. Edita una página web (Apuntesdemografia.com) con materiales docentes, recursos didácticos, secciones sobre políticas demográficas y envejecimiento de la población, además de ofrecer sus publicaciones e informar de sus actividades y proyectos. El texto aquí presentado ha sido posible gracias a la financiación obtenida para el proyecto SURVIVAL-APC (MICINyU, Retos Investigación 2018; ref. RTI2018-097812-B-100).

Este párrafo ficticio podríamos encontrarlo en cualquier lugar, se puede considerar una síntesis familiar sobre la situación demográfica de España, sobre su evolución futura y sus consecuencias previsibles, además de las medidas ineludibles para evitarlas. Sin embargo, por mucho que resulte extendido y conocido, es una parodia hecha de tópicos ancestrales, que no parte ni de un cuadro completo de la situación actual ni de un marco teórico explicativo de la revolución demográfica en la que está inmersa España y la humanidad en su conjunto.

Este artículo pretende tratar los tres fenómenos componentes de la dinámica demográfica: los nacimientos, las defunciones y las migraciones. Pero para ello, las simples tablas descriptivas deben ir acompañadas de una panorámica temporal amplia, un encuadre básico de la relación entre tales fenómenos como componentes del sistema demográfico, y algún análisis final, «metademográfico», de los discursos imperantes hoy en España, generalmente carentes del suficiente fundamento técnico a la vez que cargados de ideologías políticas, doctrinas confesionales, intereses económicos o partidistas, y aderezados con abundantes errores y consignas propios del siglo XIX, hace tiempos superados dentro de la propia disciplina demográfica.

2. EL ENVEJECIMIENTO DEMOGRÁFICO DE ESPAÑA

El cambio en la composición por edades de la población española es fácil de observar, y puede resumirse en series históricas de indicadores muy elementales. El cuadro nº 1 resume tales datos en cifras absolutas y relativas, y añade, como ejemplo de la multitud de indicadores posibles para reflejar el cambio en la relación entre edades, uno que relaciona a los mayores de 64 años con los menores de 15.

Además de incrementarse la proporción de las personas de mayor edad, la de los menores ha disminuido hasta invertirse su relación ancestral. Venimos de un mundo inmemorial en el que un tercio de la población era menor de edad, con una vejez que rondaba una veinteaava parte, pero durante el siglo XX los primeros han ido descendiendo y aumentando los segundos, hasta que en algún momento, a finales de siglo, la relación se ha vuelto opuesta, la vejez es más abundante que la infancia y la tendencia tenderá a acentuarse en las próximas décadas.

Todavía a mediados de los años setenta, la pirámide española representaba de forma fidedigna la forma que se espera en ese tipo de gráfico. Mostraba algunas irregularidades fáciles de explicar, como la notable mella en torno a los treinta-cuarenta años, resultado de la repentina disminución de los nacimientos durante la guerra civil, o la correspondiente al déficit de nacimientos debido a la gripe de 1918, a la que se había sumado la sobremortalidad posterior de esas mismas generaciones durante la guerra civil. Pero además del efecto que tuvieron estas crisis dramáticas en el perfil de la pirámide, lo que podemos observar en la pirámide actual más bien parece el resultado de una tercera guerra mundial. La natalidad inició un descenso radical desde mediados de los años setenta, reduciendo el peso actual de los menores y en-

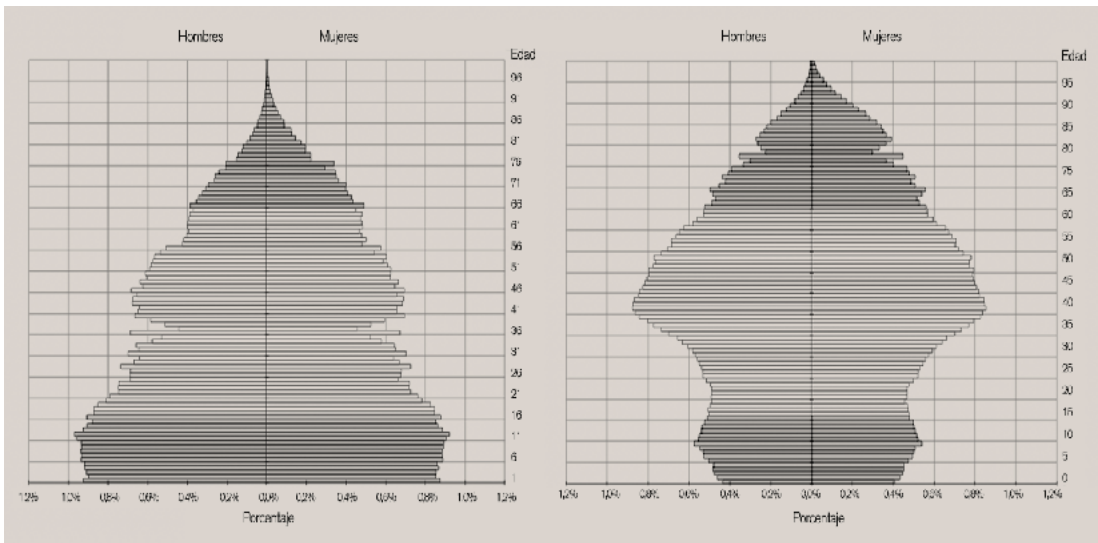
grosando, a través de vasos comunicantes, el del resto de edades, especialmente el de la vejez. Las proyecciones nos dicen que España lleva camino de convertirse en el país más envejecido del mundo. Nos acercamos a una «pirámide invertida», síntoma de algún mal funcionamiento en nuestra dinámica poblacional.

Cuadro nº 1. EVOLUCIÓN DE LA POBLACIÓN Y SUS TRES GRANDES GRUPOS (1900-2030)

Año	Total	Número			Proporción			(>64)/(<15)
		0-14	15-64	>64	0-14	15-64	>64	
1900	18.618.086	6.240.701	11.408.535	968.849	33,5%	61,3%	5,2%	16
1910	19.996.046	6.792.408	12.097.011	1.106.628	34,0%	60,5%	5,5%	16
1920	21.389.842	6.914.876	13.254.350	1.220.617	32,3%	62,0%	5,7%	18
1930	23.764.205	7.494.647	14.835.000	1.434.558	31,5%	62,4%	6,0%	19
1940	25.877.971	7.748.951	16.438.632	1.690.388	29,9%	63,5%	6,5%	22
1950	27.976.755	7.337.386	18.615.864	2.023.505	26,2%	66,5%	7,2%	28
1960	30.513.005	8.361.283	19.643.207	2.508.515	27,4%	64,4%	8,2%	30
1970	34.040.657	9.459.640	21.290.338	3.290.679	27,8%	62,5%	9,7%	35
1981	37.683.358	9.685.730	23.760.901	4.236.727	25,7%	63,1%	11,2%	44
1991	38.872.268	7.532.668	25.969.348	5.370.252	19,4%	66,8%	13,8%	71
2010	46.017.555	6.868.095	31.406.561	7.742.899	14,9%	68,2%	16,8%	113
2030	47.559.206	6.574.887	29.791.620	11.192.699	13,8%	62,6%	23,5%	170

Fuente: INE, Censos correspondientes hasta 1991, Estimaciones de Población para 2010 y Proyecciones de Población para 2030.

Gráfico nº 1. PIRÁMIDES DE POBLACIÓN DE ESPAÑA (1975 y 2018)



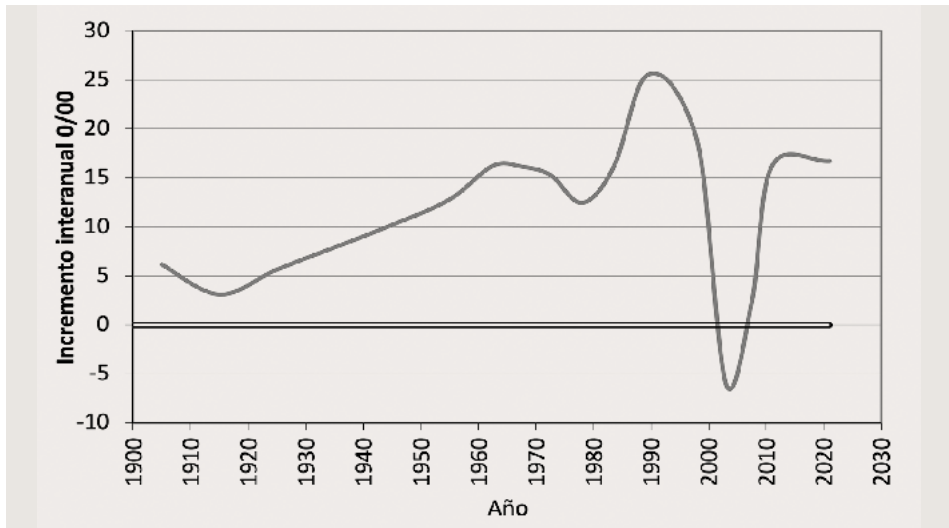
Fuente: Elaboración propia de los datos del INE (Padrón 1975 y Proyecciones 2018).

Este gráfico nº 1 aparentemente inapelable, necesita sin embargo múltiples rectificaciones. En primer lugar, la pirámide de 1975 no era ordinaria en absoluto. Resultaba de un *baby-boom* sin precedentes, que probablemente nunca volverá a repetirse, pero además tenía la novedad de que los niños nacidos durante ese *baby-boom* ya no padecían la mortalidad infantil tradicional y sobrevivieron de forma mayoritaria, para dibujar esa base tan amplia en 1975.

La pirámide actual, por otra parte, no se explica únicamente por el descenso de la natalidad, porque entre las edades con mayor peso, entre 35 y 55 años, no solo se sitúan las generaciones nacidas durante el *baby-boom*, sino que también se ha añadido el grueso de la intensa inmigración que España recibió desde finales del siglo XX, hasta el brusco frenazo que la crisis de empleo provoca a partir de 2008.

Pero sobre todo, sucede que el progresivo incremento proporcional de las personas mayores no es solo resultado del abrupto descenso de los nacimientos. Su causa principal es el regular y sostenido aumento de la duración de la vida. Este factor, mucho menos visible en las pirámides que los cambios en la natalidad, viene operando en nuestro país desde hace más de un siglo y ha seguido incrementando el peso de la vejez incluso durante los años del *baby-boom*, como puede constatar en el gráfico nº 2.

Gráfico nº 2. CRECIMIENTO ANUAL DEL PESO DE LA POBLACIÓN DE 65+ AÑOS EN ESPAÑA (1900-2030)



Nota: en toda la serie representada, el único factor que ha ralentizado el crecimiento proporcional de la vejez, y lo ha hecho retroceder incluso de manera muy breve, ha sido la llegada a los 65 años de las generaciones «vacías» nacidas durante la guerra civil.

Fuente: Elaboración propia a partir de las cifras oficiales de población por edad de cada año (INE, Censos de Población y Proyección).

Debemos añadir que el envejecimiento demográfico no es en absoluto una peculiaridad española. De hecho, España ni siquiera está por encima de la media en la UE en proporción de población de 65+¹. Que las proyecciones, un mero ejercicio estadístico consistente en prolongar tendencias, dibujen escenarios futuros en los que España se sitúa a la cabeza, no debe engañarnos; las proyecciones no son predicciones y las tendencias nunca se mantienen como en la actualidad durante mucho tiempo, pero, sobre todo, el envejecimiento demográfico es un cambio que experimenta la humanidad entera. Aunque el continente europeo haya sido más precoz en iniciar el cambio demográfico, otros continentes lo están reproduciendo más tarde y a una velocidad muy superior.

Aunque el cambio en la pirámide de población está vinculado a los cambios en los tres fenómenos demográficos de los que depende (los nacimientos, las defunciones y las migraciones), prácticamente todos los focos están puestos en la baja natalidad. Es un error analítico, por supuesto, porque a diferencia de la reproducción de los individuos, la reproducción de las poblaciones no es identificable con la simple procreación. Las poblaciones se reproducen por los nacimientos, pero también por los años que viven las personas antes de morir, y este segundo componente, en el análisis demográfico, resulta invisible en cuando se observa la pirámide de edades, y solo puede ser estudiado mediante las «tablas de vida», también llamadas «tablas de mortalidad».

El error de no tener en cuenta la duración de la vida al hablar de reproducción poblacional hace imposible entender nada sobre el espectacular cambio que están experimentando las dinámicas reproductivas en la población española y en la población del mundo entero. A la humanidad le costó decenas de miles de años de crecimiento lento y accidentado, a pesar de la altísima fecundidad de todas las sociedades primitivas, llegar al inicio del siglo XX con más de mil millones de personas. Sin embargo, ha superado los seis mil millones al acabarlo, y ese crecimiento espectacular, sin precedentes, una auténtica ruptura con las pautas anteriores, se ha producido mientras el número medio de hijos por mujer no hacía más que descender. Si lo único que consideramos importante es el descenso de la natalidad, nada tiene sentido².

El cambio real tiene que ver con la reproducción en su sentido demográfico, no individual. El ser humano está experimentando una auténtica revolución reproductiva, por la que consigue poblaciones mucho más voluminosas, con un número de hijos por mujer mucho menor al que había sido tradicional desde tiempos ancestrales. Y la clave de esta mayor eficiencia está en haber extendido la duración de la vida hasta democratizar la llegada a la vejez para todos los que nacen.

¹ Véase la base de datos de Eurostat, en su apartado «Indicadores de estructura»: <https://ec.europa.eu/eurostat/databrowser/view/tps00028/default/table?lang=en>, consultada el 01/06/2019.

² Es lo que sucede cuando se escriben libros completos sobre la baja natalidad sin un solo capítulo que la relacione con la duración de la vida, como ocurre en Esping y Andersen (2013) o en Ministerio de la Presidencia y Uimp (2003). Esta omisión hace inexplicable que el país empezara el siglo XX con 18 millones de habitantes y lo termine próximo a los 46, mientras el número de hijos por mujer no hace más que descender.

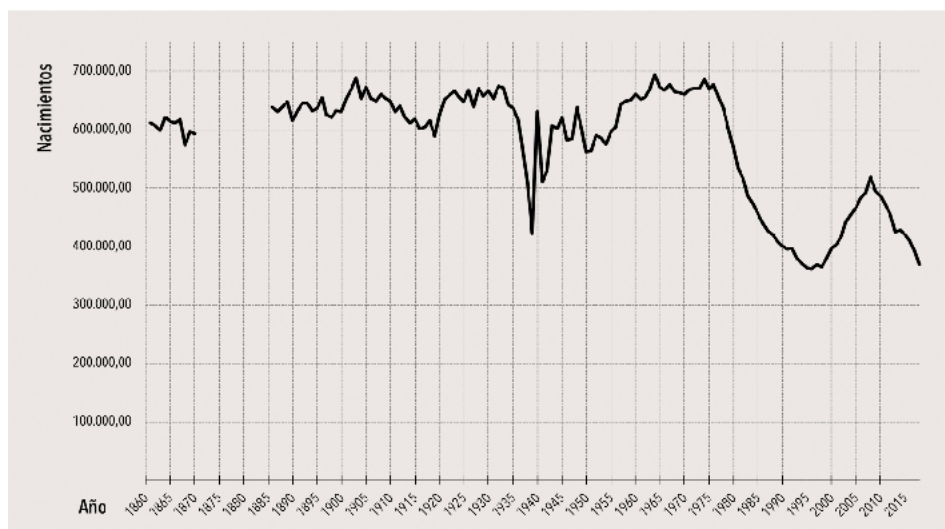
Por supuesto, un cambio tan radical tiene repercusiones de enorme calado en todas las características sociales y humanas, en la economía, en las relaciones familiares y conyugales, en la significación de las sucesivas edades. Y también, claro está, en la pirámide de población, que nunca volverá a tener la forma tradicional. Afortunadamente, porque esa forma tradicional no era más que una expresión privilegiada del malbaratamiento y la precariedad de la vida hasta hace muy poco.

A la luz de esta otra perspectiva del cambio demográfico podrá comprobarse que los datos crudos sobre los tres componentes del crecimiento poblacional adquieren una significación muy alejada de la que suele atribuírseles.

3. LOS NACIMIENTOS Y LA FECUNDIDAD

La razón principal para quienes encienden una y otra vez las alarmas demográficas, la que justifica calificar la situación demográfica actual como «suicidio demográfico», se encuentra diáfananamente representada en el gráfico nº 3.

Gráfico nº 3. NÚMERO ANUAL DE NACIMIENTOS EN ESPAÑA (1861-2018)



Fuente: INE, Anuarios Estadísticos correspondientes. Se ha corregido la ruptura de la serie en 1975, cuando empezaron a contabilizarse como nacimientos los fallecidos antes de las primeras 24 horas de vida, añadiendo tales fallecimientos, hasta entonces contados aparte, también en los años anteriores a esa fecha.

En efecto, es fácil observar que el volumen anual de nacimientos se había movido tradicionalmente entre los seiscientos y los setecientos mil, con algún descenso coyuntural como los provocados por la gripe de 1918 o por la guerra civil y la posguerra. Solo a partir de 1975 cabe afirmar que el orden tradicional cambia realmente y el número de nacimientos disminuye de forma sostenida hasta caer por debajo de los cua-

trocientos mil en apenas quince años. Tras una ligera recuperación, en parte vinculada a la natalidad adicional generada por la inmigración del siglo XXI, la crisis y el parón inmigratorio posterior nos han devuelto a los números mínimos.

¿De qué manera interpretan los medios de comunicación esta evolución? Cito literalmente la presentación de la Agencia EFE de los últimos datos del INE sobre nacimientos y defunciones³:

«España continúa perdiendo población un año más debido a la reducción del número de nacimientos, que ha descendido un 6,1% en el año 2018, y que ya acumula una disminución del 40,7% en la última década, según los datos publicados este miércoles por el Instituto Nacional de estadística (INE). La encuesta sobre Movimiento Natural de la Población refleja que durante 2018 nacieron en España 369.302 niños (23.879 menos que en 2017) y murieron 426.053 personas (un 0,4 % más que el año anterior), lo que supone que España pierde población por cuarto año consecutivo (56.262 ciudadanos menos)».

Esta es una presentación moderada si se la compara con titulares, habituales, según los cuales *«España se muere»*⁴, pero igualmente errónea en la manera de presentar los datos.

Lo que sorprende es que España no pierde población, no ha hecho más que crecer desde 1975; incluso por saldo vegetativo, excepto durante los tres años recientes en los que el ligero saldo negativo se ha visto muy ampliamente compensado por un saldo migratorio positivo y de una magnitud muy superior (ver gráfico nº 10). Lo mismo ocurre con las proyecciones, ese referente eterno de los alarmismos, que se ven después desmentidos, como ocurre con la población que el cuadro nº 1 atribuye a 2030; las proyecciones sitúan para entonces la población española en 47,6 millones, pero lo cierto es que, en 2018, contra todo pronóstico, ya se daban por alcanzados los 47.

Este último recuento poblacional debería provocar cierta reflexión. Hay quien sostiene que, hoy en día, la tasa de nacimientos en España es menor que la de finales del siglo XVIII. Se quiere con ello evidenciar una grave carencia, pero en realidad se consigue lo contrario, desvelando la ineficiencia demográfica de toda nuestra historia anterior, cuando un número de nacimientos como el actual apenas permitía alcanzar un tercio del volumen poblacional actual. Debería ser clara la inconsistencia entre el discurso continuo del suicidio demográfico y la realidad totalmente contradictoria de

³ Por ejemplo, en https://www.cope.es/actualidad/sociedad/noticias/bajan-los-nacimientos-espana-espana-ultima-decada-20190619_439958. Se trata de la presentación de la Agencia a los datos publicados en la Nota de Prensa con que el INE difunde semestralmente los datos provisionales sobre el Movimiento Natural de la Población; puede consultarse online en http://www.ine.es/prensa/mnp_2018_p.pdf

⁴ Diario Sport (12/12/2018), Hispanidad.com (11/12/2018). Pero especialmente hiperbólico y reiterativo es ABC siempre que se presenta la ocasión: «La estadística es aterradora. España se muere a chorros» (23/06/2019).

que el tamaño de la población española alcanza cada año un récord tras otro y es hoy el mayor de toda nuestra historia.

La conclusión es ineludible: el simple número de nacimientos nos dice muy poco sobre la reproducción de una población. Como cualquier cantidad de acontecimientos, solo adquiere sentido si se relaciona con alguna otra magnitud de referencia. Lo más común, y más sencillo, es relacionarlos con la cantidad media de habitantes durante el tiempo en que se contabilizan los nacimientos, homogeneizado en cifras anuales. El indicador resultante es la Tasa Bruta de Natalidad (TBN), o simplemente «la natalidad».

Pues bien, cada vez que en los próximos años se publiquen las cifras de nacimientos y estas se dividan por el número de habitantes, la prensa renovará sus titulares sensacionalistas sobre el descenso de la natalidad hasta cifras sin precedentes. Y siempre se atribuirá al descenso de la fecundidad. Así que parece indiferente hablar de nacimientos, de natalidad o de fecundidad, porque todos señalan en la misma dirección: «España se muere».

Se ignora, así, que, en lo que a la natalidad se refiere también hay otro motivo para el descenso, fácil de entender en términos de pura aritmética: cuantos más años viven los miembros de una población, más personas están en edades en las que ya no se tienen hijos, y más se reduce la relación entre nacimientos y población. Conviene descartar, pues, la posibilidad de que en el futuro se repita un *baby-boom* como el de los años sesenta si lo medimos en tasas de natalidad. Las poblaciones con dinámicas poblacionales avanzadas no experimentan esos crecimientos bruscos.

En realidad, la TBN es un mal indicador si lo que nos interesa es la intensidad con que las mujeres traen hijos al mundo. Lo es porque también está afectado, como se deduce del párrafo anterior, por la composición por edades de la población: cuanto mayor es la parte de la población en edades fecundas, más nacimientos se producen, sin que ello refleje una mayor fecundidad, solo una estructura por edades favorable. Aunque sea bastante común hablar indistintamente de nacimientos, natalidad y fecundidad, el mejor indicador en términos analíticos, cuando pretendemos separar la propensión a tener hijos de los demás factores, es la fecundidad.

La fecundidad es el número de hijos que una persona tiene a lo largo de su vida⁵, y podemos hablar de fecundidad de toda una generación de mujeres si calculamos el número medio de hijos que estas han tenido una vez terminada su vida fecunda (suele establecerse el límite en los cincuenta años de edad; aunque hay casos singulares de procreación en edades posteriores, no son estadísticamente significativos y su inclu-

⁵ No confundir con la fertilidad, que es la mera capacidad de tener hijos. Dicha confusión es habitual debido a la influencia anglosajona, porque los significados de *fecundity* y *fertility* son precisamente opuestos, y con demasiada frecuencia quienes traducen desconocen este detalle. Se entiende así que el nombre con que en español se conoce el indicador más común de fecundidad, el Índice Sintético de Fecundidad, tenga como equivalente en inglés el *Total Fertility Rate*.

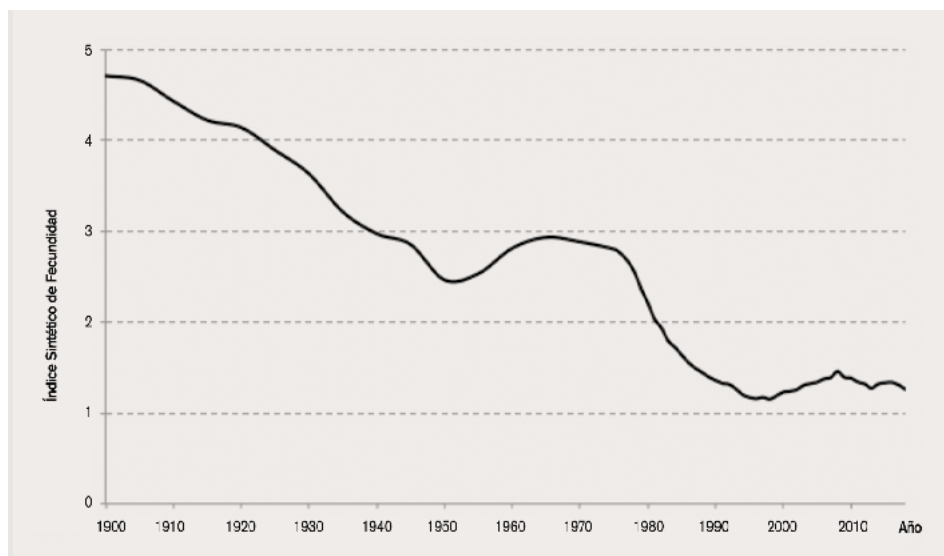
sión no modificaría el promedio de la generación). Ese indicador se conoce en análisis demográfico como «Descendencia Final de la Generación».

Sin embargo, resultaría poco operativo tener que esperar a que las generaciones presentes acaben su vida fecunda para tener alguna noción sobre la fecundidad de una población. Para ello, se recurre a simular una falsa generación «sintética», construyendo un ciclo vital hipotético a partir de la propensión a tener hijos en cada una de las edades fecundas de un determinado año. El resultado es *«el número medio de hijos que tendría una generación, ficticia, si en cada una de sus edades tuviese hijos con la misma intensidad con que en un cierto momento los están teniendo las distintas generaciones presentes»*. A diferencia de la descendencia final de las generaciones reales, hablamos en este caso de «Índice Sintético de Fecundidad» o ISF.

Tanto la Descendencia Final como el ISF conllevan un requisito más que no suele mencionarse, pero que es de gran importancia para «analizar» (separar, distinguir) la fecundidad de los demás factores que influyen en la reproducción; se trata de que ambos indicadores se construyen a partir de la fecundidad a cada edad medida en términos relativos, no absolutos (es decir, en tantos por mil). Esto quiere decir que el cálculo equivale a hacer el seguimiento de una generación de mil mujeres a lo largo de todo el ciclo de vida, sin que la mortalidad las afecte. La fecundidad se calcula ¡en ausencia de mortalidad!

Esta particularidad del cálculo obliga a matizar enormemente el significado del indicador a lo largo de las series históricas, como la que se observa en el gráfico nº 4.

Gráfico nº 4. EVOLUCIÓN DE LA FECUNDIDAD EN ESPAÑA (1900-2018)



Fuente: INE, Indicadores de Fecundidad. Resultados nacionales.

Como puede comprobarse, la fecundidad venía descendiendo en España durante todo el siglo XX, y el descenso ya había empezado mucho antes, en el siglo XIX. El tópico de que son las políticas de ciertos partidos, o el activismo feminista, los que explican la baja fecundidad es simplemente una falacia burda.

Más aún, por mucho que cueste creerlo, el gráfico evidencia que fecundidades elevadas no equivalen a altas descendencias generacionales, ni se traducen necesariamente en grandes poblaciones. Dicho de otra manera, fecundidad no equivale a «reproducción». No existe esa famosa «fecundidad de reemplazo», 2,1 hijos por mujer. Ese número resulta de un malentendido en el que el significado individual de la reproducción se mezcla con el significado demográfico. Que al empezar el siglo XX la fecundidad fuera de casi cinco hijos por mujer no implica que la reproducción fuese exuberante. Ya se ha comentado que la población conseguida en ese momento era de solo 18 millones, mientras que el constante descenso observable en el gráfico, solo interrumpido temporalmente durante el *baby-boom*, ha sido compatible con un sostenido aumento del volumen hasta superar los 47 millones actuales (y no puede apelarse a las migraciones como explicación porque, como se verá más adelante, hasta prácticamente el siglo XXI no han contribuido al crecimiento demográfico español sino que lo han lastrado).

Conviene insistir en este punto crucial: los indicadores de fecundidad aíslan ese fenómeno de cualquier otro factor que afecte a la reproducción real, lo estudian «por separado». Pero para estudiar la reproducción poblacional real hay que combinar ese factor aislado, la fecundidad, con el otro factor sin el cual la reproducción no tendría sentido: la duración de la vida, es decir, la mortalidad. No existe ninguna generación inmortal de mujeres. De cada mil nacidas en cualquier generación hay una parte históricamente cambiante que fallece antes de alcanzar edades fecundas, y la proporción de fallecidas sigue creciendo gradualmente a lo largo de las edades siguientes. La descendencia que acabe teniendo esa generación «realmente» no es la que mide el indicador puro de fecundidad, que habrá que ir rebajando en función de cuántas mujeres fallezcan antes o durante su etapa fecunda.

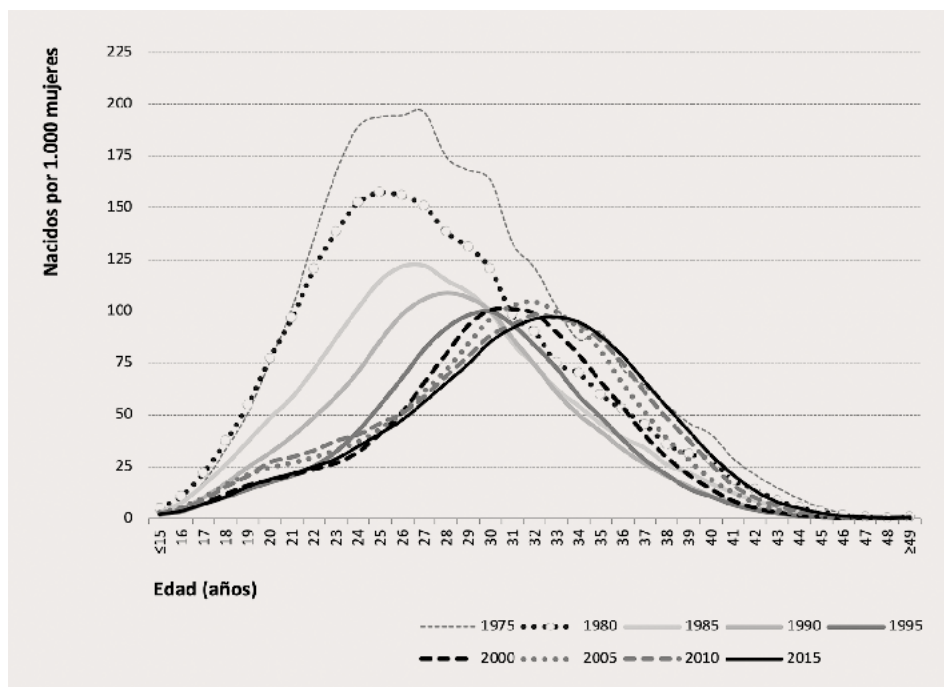
En el siguiente apartado se expone la evolución de la mortalidad en España. Baste señalar que los casi cinco hijos por mujer de 1900 deben combinarse con una probabilidad de fallecer antes de los 15 años que llegaba al 50% ese año. Por tanto, con la mortalidad de 1900, la mitad de las mujeres habría muerto antes de empezar a ser fecundas, y una parte adicional importante fallecería antes de cumplir los 50 años. Así que es fácil comprender por qué en nuestro pasado ancestral la fecundidad «pura» era tan elevada. Al margen de valores, ideas, confesiones y moralidades, las escasas supervivientes de cada generación que conseguían formar pareja y tener hijos, estaban obligadas a tenerlos en grandes cantidades, simplemente para evitar la extinción.

Por lo tanto, conviene insistir, es un error hacer equivalente el descenso de la fecundidad (y el del número de nacimientos, y el de las tasas de natalidad) con una menor capacidad reproductiva, que depende también de la proporción de supervivientes a cada edad.

Pero incluso con iguales valores de la mortalidad y fecundidad, un mismo número de hijos por mujer puede resultar en un mayor o menor número de nacimientos por año y en un volumen poblacional variable. La edad a la que se tienen los hijos, el llamado «calendario» de la fecundidad es también un factor de gran importancia y que no suele tenerse en cuenta cuando se comentan los motivos del menor número de nacimientos. En igualdad de condiciones, la natalidad será mayor en aquella población en la que los hijos se tengan de manera más temprana.

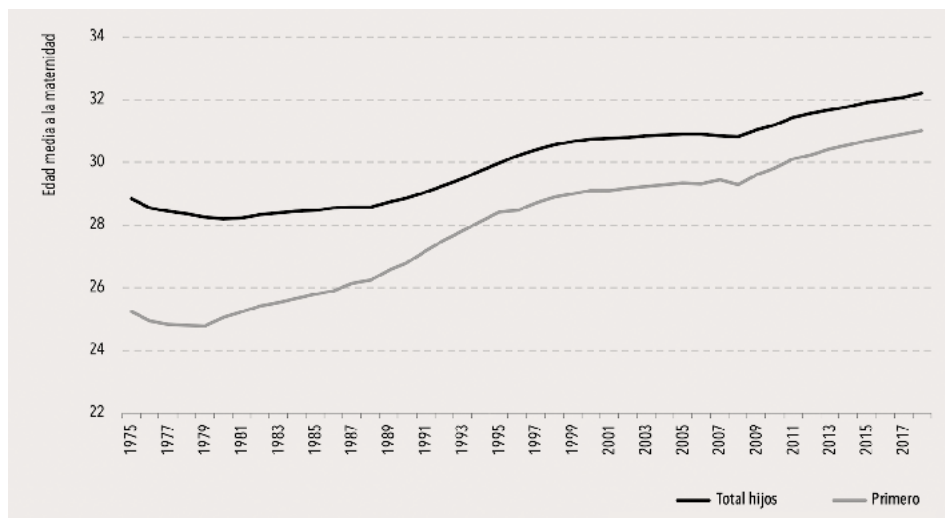
En efecto, cuanto antes se tienen los hijos, más años coexisten las sucesivas generaciones, de manera que cualquier corte transversal en el tiempo arrojará cifras mayores de población, y cualquier registro de nacimientos arrojará mayores cantidades anuales. Este, el retraso considerable de la fecundidad, y no solo su menor intensidad, es lo que puede observarse en el gráfico nº 5.

Gráfico nº 5. TASAS DE FECUNDIDAD POR EDADES EN ESPAÑA (1975-2015)



Fuente: INE Indicadores de Fecundidad. Resultados nacionales.

Gráfico nº 6. **EDAD MEDIA A LA MATERNIDAD Y AL NACIMIENTO DEL PRIMER HIJO (1975-2018)**



Fuente: INE Indicadores de Fecundidad. Resultados nacionales.

En cualquier caso, resulta evidente que la natalidad (los nacimientos respecto a la población) ha experimentado una notable disminución en España desde mediados de los años setenta, y aunque no sea correcta la explicación que limita sus causas al descenso de la fecundidad (como acaba de argumentarse también contribuyen el retraso de la edad a la que se tienen los hijos (gráfico nº 6) y una estructura por edades en la que las personas en edad fecunda son una proporción menor que en el pasado); sean cuales sean esas causas parece de sentido común atribuir a este factor el gran cambio de la pirámide poblacional (gráfico nº 1). Ahora bien, como ya se adelantaba en el primer apartado, también las defunciones y las migraciones tienen la capacidad de modificar la pirámide poblacional.

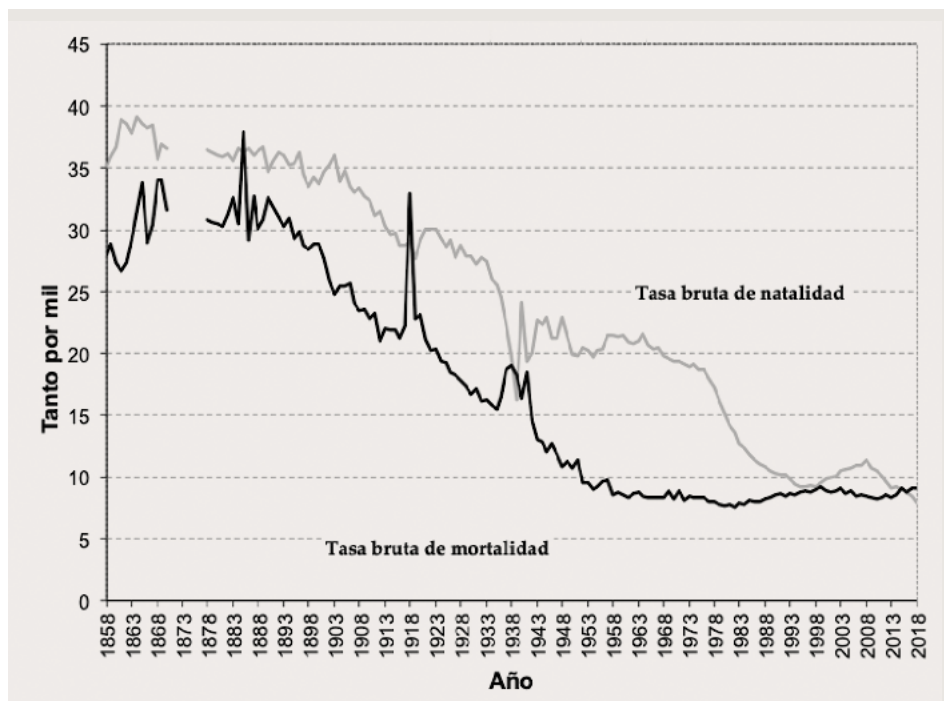
4. LAS DEFUNCIONES Y LA MORTALIDAD

La mortalidad es el otro factor que condiciona el saldo vegetativo o natural y por tanto la reproducción demográfica (frente al saldo migratorio, el otro componente del crecimiento poblacional). Pero igual que ocurría con los simples nacimientos, el estudio de la mortalidad no puede reducirse a constatar el número de defunciones; este solo nos habla de la intensidad de la mortalidad si se pone en relación a alguna otra magnitud (se registran más defunciones en China que en Nigeria, pero eso no implica necesariamente que su mortalidad sea más alta, solo que su población es más voluminosa). Y de nuevo la forma más sencilla es dividir los nacimientos anuales por la población media de ese año, obteniendo la llamada Tasa Bruta de Mortalidad (TBM).

En el gráfico nº 7 se amplía aún más la perspectiva comparativa, en términos históricos, por tratarse de series históricas amplias, pero también porque se sitúan juntas las dos tasas brutas, las de natalidad (TBN) y las de mortalidad (TBM).

Lo que puede observarse es un ejemplo bastante representativo de la llamada «Transición Demográfica», que con mayor o menor antelación se ha producido o se está produciendo en todo el mundo. Partiendo de un «régimen pretransicional», con tasas muy elevadas de alrededor del 30‰, y tras un periodo transicional en el que disminuye primero la mortalidad y la natalidad reacciona igualmente a la baja (con un crecimiento demográfico acelerado, dada la diferencia entre ambas tasas), se alcanza finalmente un nuevo equilibrio «postransicional» alrededor de valores muy inferiores a los tradicionales. Este notable cambio histórico se inició en algunos países occidentales como Francia o Suecia, pero prácticamente todo el continente europeo lo había iniciado ya en algún momento del siglo XIX (España probablemente fue el más retrasado), mientras que el resto del mundo lo ha ido iniciando ya bien entrado el siglo XX, y algunos continentes, como Asia o África, ya en la segunda mitad de ese siglo, hace apenas algunas décadas.

Gráfico nº 7. EVOLUCIÓN HISTÓRICA DE LA TBM Y LA TBN EN ESPAÑA (1858-2018)



Fuente: INE, Anuarios estadísticos hasta 2010, y datos consultados en INEBASE para los años 2011 y posteriores.

Pese a la claridad descriptiva de un gráfico como este, son muchas las preguntas a las que no puede responder, y provoca incluso algunos problemas conceptuales.

En primer lugar, la TBM, como ya se apuntó antes al hablar de la TBN, adolece de un problema irresoluble: está afectada por la composición por edades. En vez de reflejar en estado puro la «intensidad» con que la mortalidad afecta a una población, en su cálculo influye mucho la estructura por edades, es decir, si hay muchos o pocos niños, muchos o poco ancianos, y ello porque las probabilidades de morir no son las mismas en todas las edades.

Pero, además, existe una asimetría notable entre el análisis de la fecundidad y el de la mortalidad. Los nacimientos se producen, todos siempre con la misma edad del que nace; lo que interesa cuando se estudia la fecundidad no es la edad del nacido, sino la edad de la madre, y la intensidad que puede alcanzar dicha fecundidad es variable. En cambio, las defunciones pueden producirse en un abanico muy amplio de edades, mientras que su intensidad es siempre la misma: toda, el mil por mil, nadie se libra de experimentar ese fenómeno.

Quiere ello decir que un buen indicador de la mortalidad debe reflejar, más que cuántas personas fallecen durante cierto periodo, cuánto tiempo han vivido antes de que eso ocurra. Y para ello, igual que se hacía con la fecundidad, se parte de la intensidad de la muerte en las diversas edades presentes en la población para construir un índice que sintetiza lo que ocurriría a lo largo del ciclo de vida completo de una cohorte de nacimientos, hasta su completa extinción, si falleciesen con esa intensidad en cada edad. Para hacer estas estimaciones, se construyen las llamadas «tablas de mortalidad», que permiten calcular indicadores «sintéticos» para resumir, ahora sí, la situación de una población respecto a la mortalidad, sea cual sea su estructura por edades. El más conocido es la esperanza de vida al nacer, cuya evolución puede observarse en el cuadro nº 2.

Cuadro nº 2. ESPERANZA DE VIDA AL NACER EN ESPAÑA (1900-2016)

Años	1900	1910	1920	1930	1940	1950	1960	1970	1980	1990	2000	2010	2018
Total	34,8	41,7	41,2	50,0	50,1	62,1	69,9	72,4	75,6	76,9	79,3	82,1	83,2
Hombres	33,9	40,9	40,3	48,4	47,1	59,8	67,4	69,6	72,5	73,4	75,9	79,0	80,5
Mujeres	35,7	42,6	42,1	51,6	53,2	64,3	72,2	75,1	78,6	80,5	82,7	85,0	85,9

Fuente: Años 1900-1998: INE. Anuario estadístico de España 2004. Demografía.

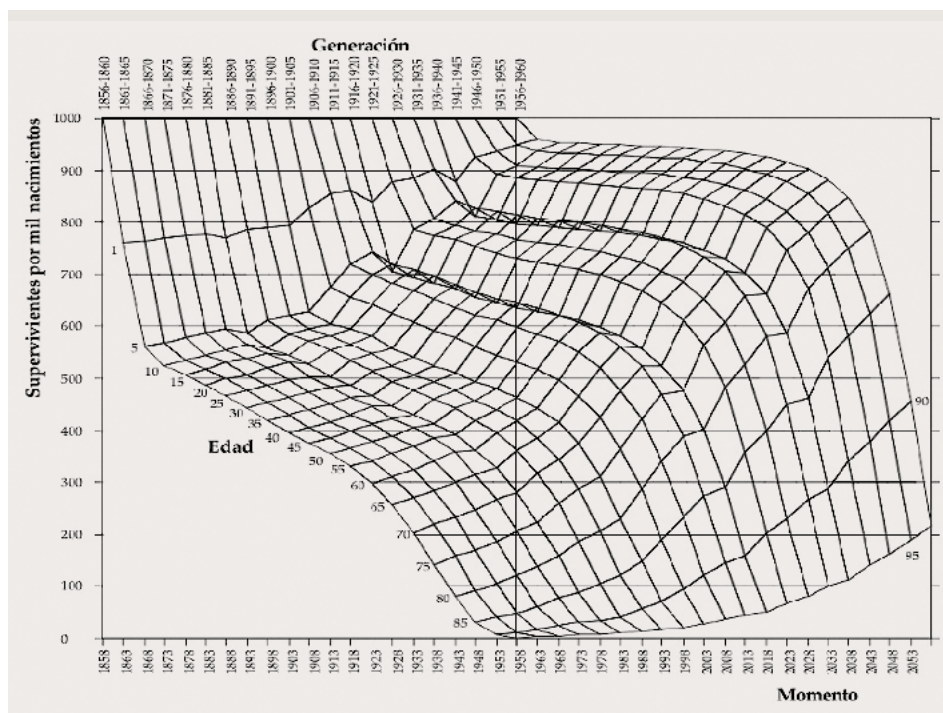
Años 2000-2018: INE. Tablas de mortalidad de la población de España. INEbase.

La interpretación de este indicador, por tanto, es que las personas que nacieron en España en 2018 pueden esperar a vivir un promedio de 83,2 años *si a lo largo de toda su vida las probabilidades de muerte en cada edad fuesen las mismas que las regis-*

tradas para esas edades en el año 2018. Esto es, claro, una ficción. A lo largo de su vida real esta generación, probablemente, irá viendo mejorar las probabilidades de supervivencia actuales, y dentro de cien años se podrá comprobar que su vida media real habrá sido sensiblemente más alta⁶.

En realidad sí es posible hacer el cálculo real de la vida media correspondiente a una generación auténtica, igual que era posible calcular su descendencia final, sin usar indicadores sintéticos. Pero para ello debemos esperar a que dicha generación haya completado su ciclo de vida entero; aunque gracias a la constancia de los sistemas estadísticos en recoger la información correspondiente, podemos construir hoy día las tablas de mortalidad reales de buen número de generaciones españolas. De esas tablas de mortalidad se representa en el gráfico nº 8 una de las funciones, la de supervivientes.

Gráfico nº 8. SUPERVIVIENTES POR EDAD EN ESPAÑA. GENERACIONES FEMENINAS (1856-1960)



Fuente: Gráfico de (Pérez Díaz 2003) utilizando los datos calculados en (Cabré I Pla 1989).

⁶ Mientras tanto, el sesgo que produce tomar literalmente este indicador como un predictor real conducen a errores notables de planificación. Un buen ejemplo lo tenemos en todo lo que se refiere a la evolución previsible del gasto en pensiones. Puede encontrarse información y análisis específico en <https://www.jubilaciondefuturo.es/recursos/doc/pensiones/20160516/en/informe-23-foro-de-expertos-eng-calculo-de-la-esperanza-de-vida.pdf>

Cada línea descendente en ese gráfico representa qué parte de mil nacimientos iniciales sigue con vida a cada edad exacta, y es de suma utilidad para establecer cuál ha sido el núcleo del cambio demográfico y reproductivo, y lo equivocados que están quienes lo interpretan como declive y crisis.

Si se sigue el trayecto descendente de la primera generación representada, la nacida en 1856-1860, de inmediato podrá comprenderse por qué antes del siglo XX el volumen poblacional en España era tan parco y, sin embargo, la fecundidad tan alta. De cada mil nacidos en esas generaciones, casi una cuarta parte había muerto antes de cumplir el primer año de vida. Si se sigue descendiendo se comprobará que la mitad de la generación no sobrevivió hasta los 15 años. Solo una cuarta parte de los nacidos llegaron a los 65 años con vida.

He argumentado en otros trabajos que la modernización demográfica no consiste en una simple transición, sino en una revolución productiva (Macinnes y Pérez Díaz 2006) (Macinnes y Pérez Díaz 2008). Igual que ocurrió con la revolución industrial o la informática, el cambio demográfico ha consistido en un salto cualitativo y brusco en la eficiencia con la que se genera un determinado producto a partir de cierta materia prima. En este caso, el producto es el volumen poblacional y la materia prima son los nacimientos.

El pasado de la reproducción humana, desde tiempo inmemorial, se ha caracterizado por una notable ineficiencia, visible en el malbaratamiento de vidas que no se aprovechaban para mantener la población. Eso es lo que se observa en la curva de supervivientes de la generación 1856-1860; la mitad de las mujeres no consigue sobrevivir hasta los 15 años, y todavía serán menos las que lleguen a las edades fecundas centrales, entre los 25 y los 30 años. Añádase que una proporción notable de tales supervivientes no llegará a casarse y a tener hijos (siempre por encima del 15%).

El problema principal, claro está, lo constituía la mortalidad infantil, nunca inferior al 200‰ a causa de las malas condiciones del parto y las infecciones posteriores, o a problemas alimentarios y respiratorios derivados en infecciones igualmente mortales, todo ello aderezado con la pésima calidad del agua, sobre todo en verano, la falta de higiene, la convivencia doméstica con animales transmisores de enfermedades. Pero a las condiciones ambientales se sumaba la pobreza, las hambrunas y las guerras recurrentes... En tales condiciones las familias no podían prestar apenas atención a los hijos, ni invertir en ellos. Por el contrario, estos eran explotados cuanto antes para contribuir a la economía familiar.

Así que el cambio demográfico, la «Revolución Reproductiva» que en la actualidad experimenta la humanidad entera, consiste primero y sobre todo en conseguir que los que nazcan vivan más allá de los primeros meses. El cambio siguiente, auténtico umbral que hace elevarse vertiginosamente la eficiencia reproductiva, es que estos vivan lo suficiente para llegar a las edades fértiles y tengan ocasión, ellos mismos, de contribuir a la reproducción poblacional teniendo sus propios hijos y crián-

dolos durante el tiempo suficiente para que superen la infancia sin quedar huérfanos de manera prematura.

Este logro es gradual, pero podemos encontrar en el gráfico nº 8, como hito simbólico, la primera generación de mujeres españolas que consiguió llegar mayoritariamente (con más de la mitad de su efectivo inicial) a la edad de 50 años, cuando no solo habían tenido ocasión de parir a sus hijos sino, también, de criarlos. A este hito lo he llamado *La Madurez de Masas* y sobre sus causas y consecuencias revolucionarias publiqué un libro hace ya algunos años (Pérez Díaz, 2003). Aquí bastará con comprobar que la primera en conseguirlo fue la generación de las nacidas al empezar el siglo XX. En otras palabras, hasta los años cincuenta del siglo XX ninguna generación había cumplido los 50 años con más de la mitad de sus efectivos iniciales.

Esta supervivencia mayoritaria, por fin, a edades fértiles, es la que explica realmente el «boom demográfico» experimentado por la humanidad durante el siglo XX, mientras el número de hijos por mujer no hacía más que descender. Las relaciones entre fecundidad y mortalidad son, por tanto, mucho más estrechas de lo que creen los alarmistas demográficos, que anuncian el desastre poblacional basándose únicamente en burdas series de número de nacimientos o de defunciones anuales, ignorando que lo que ha cambiado realmente en la demografía, y es un cambio feliz e irrepetible, es la cantidad de vida con que se dota a cada nuevo nacido cuando se trae al mundo.

En vez de plantear por qué la fecundidad actual es tan baja, todo se entiende mucho mejor si cambiamos la pregunta a su equivalente histórico: ¿por qué la fecundidad del pasado era tan alta?

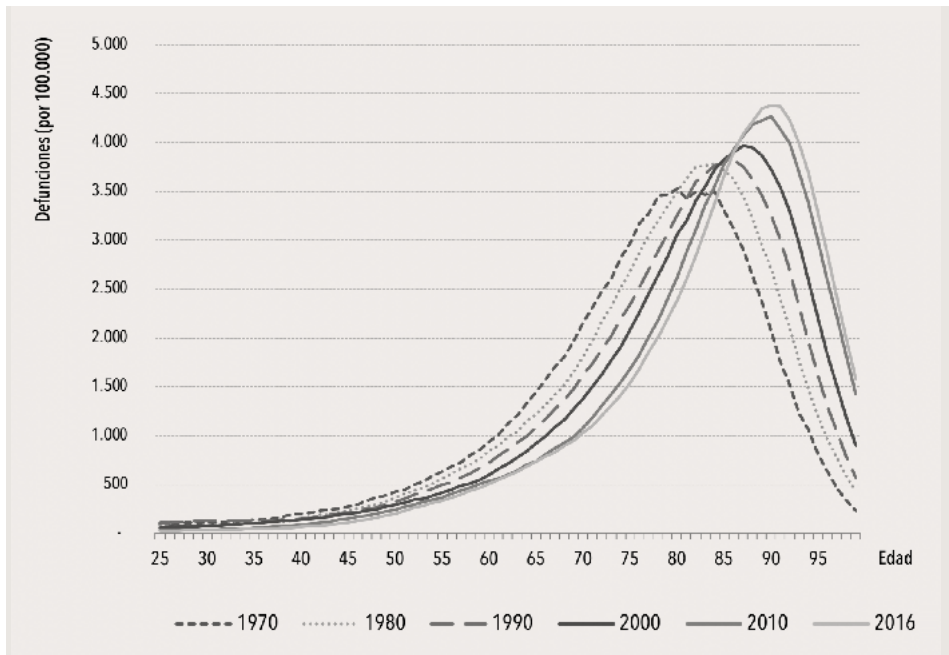
5. LA MORTALIDAD Y LA NUEVA VEJEZ

La incompreensión del papel que juega el cambio reproductivo en la transformación social actual conduce a malentendidos notables acerca de la vejez. Permanece una visión que biologiza y medicaliza esa parte de la vida ignorando que las características y comportamientos de los viejos no son «naturales», sino el resultado de toda la vida previa. De esta manera, no resulta extraño que el análisis político identifique sistemáticamente a esta parte de la población como una carga, una rémora incluso, dando por supuesto que no producen nada (ya no son laboralmente activos) pero gastan muchos más recursos públicos por haberse convertido en pensionistas y porque producen mayor gasto sociosanitario por sus problemas de salud y discapacidad (ahora son enfermos, discapacitados o dependientes). Que la evolución demográfica no haga más que aumentar su proporción sobre el conjunto de edades solo puede interpretarse como un grave problema.

De nuevo, la falacia ha triunfado hasta hacerse incuestionable. Pero, si se ha comprendido algo sobre el cambio demográfico, se comprenderá también que una de sus consecuencias es haber cambiado también el ciclo de vida completo, desde la infancia. La vejez está en proceso de rapidísima transformación porque cada año

van engrosándola generaciones con perfiles cada vez mejor dotados, y ello porque toda su vida previa ha sido mejor. Quienes hoy alcanzan los 65 años en España pertenecen a generaciones que ya no han vivido ninguna gran crisis de mortalidad por culpa de las guerras, las epidemias o el hambre (todavía en 1945 se podía morir de hambre en nuestro país). Algo así no tiene precedentes, no había ocurrido jamás en ninguna generación anterior. A diferencia de sus padres y abuelos, los nuevos viejos llegan cargados de muchas más novedades que revolucionan lo que hasta ahora entendíamos por vejez: han estado mejor alimentados, han sido mayoritariamente escolarizados y han nacido mayoritariamente en entornos urbanos, han tenido toda la vida para trabajar y cuidar de su familia, han podido acceder por primera vez al consumo de masas, disponer de vehículo propio, comprar su vivienda y hasta ahorrar. Así que, claro está, viven más, pero además llegan con mejor salud, nivel educativo y recursos económicos que ninguna generación precedente.

Gráfico nº 9. FUNCIÓN DE DEFUNCIONES EN LAS TABLAS DE MORTALIDAD (1970-2016)



Fuente: INE, Tablas de mortalidad correspondientes.

Esta vejez no es la desgracia ni la carga abrumadora que algunos pretenden. Por el contrario, ha contribuido a la extensión de las clases medias en las sociedades contemporáneas, a acumular el capital público o privado con el que se hacen las grandes inversiones que permiten hoy financiar las empresas tecnológicas (innovadoras, pero de alto riesgo), a disponer de ayudas económicas y de cuidados tanto a

sus descendientes como a sus ascendientes muy añosos. La anunciada crisis, cuyos agoreros tienen ya una larga tradición que supera ampliamente los cien años⁷, no solo no se produce, sino que lo que viene ocurriendo a lo largo de todo este cambio sin precedentes es todo lo contrario.

6. LAS MIGRACIONES

Existe en demografía una antigua convicción sobre el carácter exógeno del factor migratorio y sobre la imposibilidad de predecir su comportamiento. Como nuestras herramientas de análisis solo se aplican a lo que ocurre en la población objeto, el resto de la humanidad y su tendencia, mayor o menor, a desplazarse hacia nuestro país resulta una especie de caja negra sobre la que resulta imposible hacer previsiones fundamentadas. De hecho, todo el instrumental de análisis estadístico de la reproducción que podemos encontrar en cualquier manual de demografía empieza por dejar claro que todo resulta coherente y aplicable «en ausencia de migraciones».

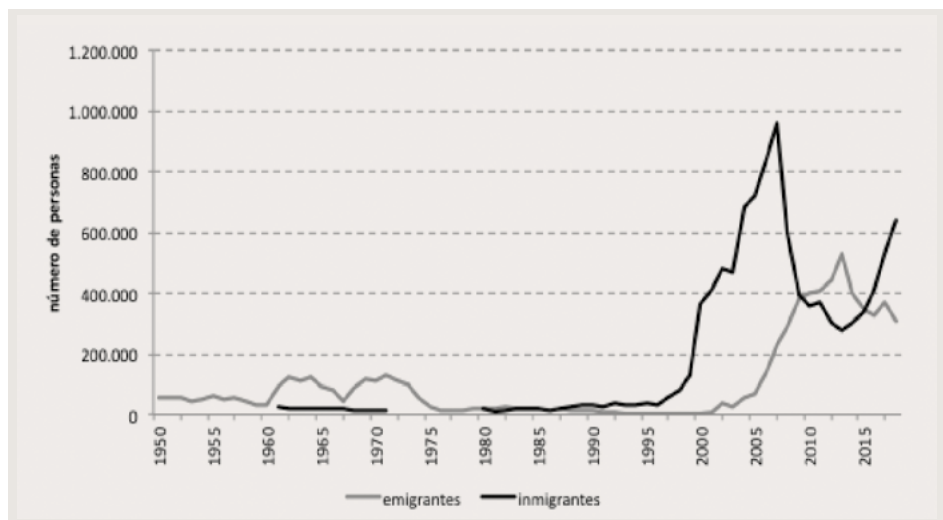
Con tales supuestos, resulta aparentemente inexplicable que España haya sido un país tradicionalmente emigratorio y que hace muy poco se haya desplazado al extremo opuesto. La demografía puede constatarlo y describirlo, pero la explicación parece que se le escapa.

La descripción es relativamente sencilla. El saldo migratorio español (la diferencia entre entradas y salidas) fue siempre negativo desde que se dispone de datos (gráfico nº 10), con altibajos, claro está, durante momentos y coyunturas concretas, como la guerra civil o el *boom* de la emigración de los años sesenta. Pero la tendencia a finales del siglo XX reducía este carácter emisor de población tradicional, hasta que en 1999 ocurrió lo nunca visto: por primera vez las entradas superaron a las salidas, y siguieron haciéndolo en los años posteriores. Solo habían transcurrido ocho años y España se situaba entre los países con mayor intensidad inmigratoria jamás documentada. Un saldo de casi +700.000 personas en 2007, resulta extraordinario incluso para los parámetros de países tan emblemáticamente inmigratorios como los EE.UU. o Australia.

Visto en retrospectiva, y tras la abrupta interrupción de la tendencia que provocó la crisis desde 2008, uno podría pensar que aquellos ocho años fueron un fenómeno extraño y aislado. Pero empezamos a ver que no fue así. La crisis solo consiguió desdibujar y atenuar lo que supone un cambio con visos de permanencia y perfectamente integrado en el conjunto de cambios que envuelven la modernización demográfica española. Porque sí existe una relación entre la dinámica demográfica interna y las migraciones, como se ha demostrado en los últimos años, en los que la inmigración se reactiva y alcanza nuevamente magnitudes ciertamente considerables.

⁷ El argumento demográfico es uno de los pilares del decadentismo europeo, y puede encontrarse ya plenamente enunciado en *La decadencia de Occidente*, publicada precisamente en 1918, de mayor éxito de ventas en la filosofía occidental y uno de los libros de cabecera de los ultraderechistas europeos actuales (Spengler, 1918).

Gráfico nº 10. INMIGRACIÓN Y EMIGRACIÓN EXTERIOR EN ESPAÑA (1950-2018)



Fuente: Hasta 1985 (Salgado et al., 2009). Desde 1986 INE, Cifras de Población de cada año.

7. LA INMIGRACIÓN INTERIOR Y EL ABANDONO RURAL

No puede cerrarse el apartado migratorio sin aludir a las migraciones interiores. Aunque no se trate de migración internacional, tienen una importancia considerable para explicar lo que se observa en las distintas partes de un país. De hecho, cuanto más se incide en el detalle territorial más importancia tienen las migraciones para explicar el tamaño y composición por edades. Existe en ello una especie de «ley matemática» que regula las diferencias entre la población más grande imaginable y las poblaciones progresivamente más pequeñas, hasta llegar al más pequeño de los municipios o a la aldea. Cuando se trata de la población total del planeta, las migraciones no influyen, sino que todo se explica por los cambios reproductivos. Pero cuando vamos descendiendo hasta llegar al detalle de un pequeño municipio rural en zonas interiores de España, esa dinámica vegetativa es progresivamente menos importante, y más grande es el impacto de las migraciones.

Sea por justos intereses locales o por intereses políticos y electorales más generales y menos claros, por simple moda, por ideología patriótica o por estética paisajística, resurge hoy la ancestral cuestión del envejecimiento y la despoblación rural, y en algunas mentes simplificadoras todos los remedios se buscan mediante la omnipresente y patriótica receta natalista. La literatura no científica reciente⁸ ha venido a

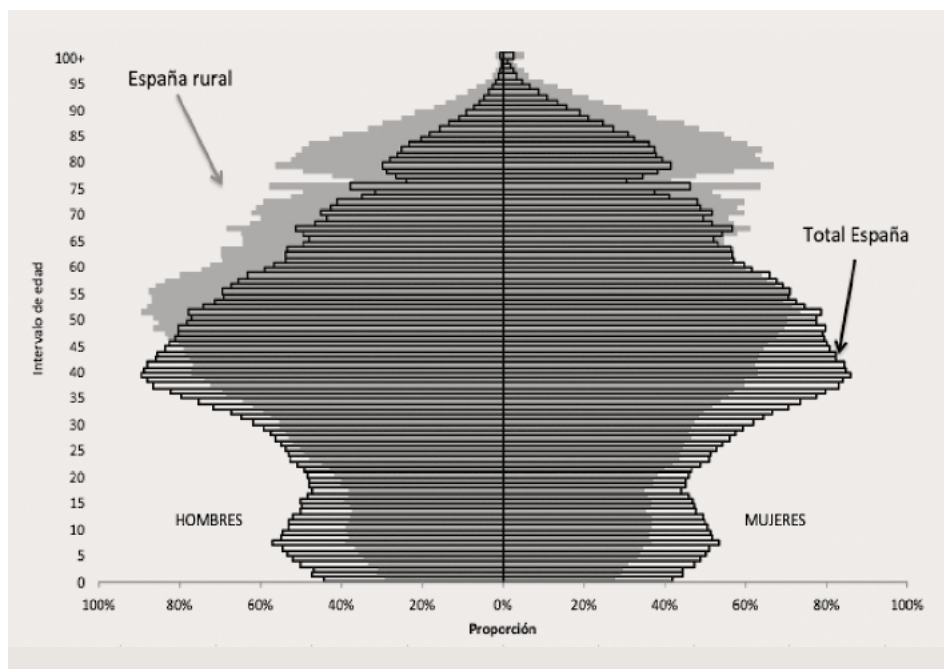
⁸ Por mucho que el género sea antiquísimo, en tiempos recientes han sido emblemáticas la novela *La lluvia amarilla* (Llamazares, 1997), publicada en 1988 pero que ha ido adquiriendo cada vez mayor car-

catalizar corrientes muy diversas de interpretación sobre esta situación, pero no parece haber mejorado la escasa comprensión del fenómeno más allá de la consigna de «revertir o frenar» el abandono rural.

Esta falta de fundamentos analíticos ha sido siempre evidente en el conservadurismo español y europeo, de un nacionalismo romántico trasnochado que busca todavía las esencias de cada país en la edad media guerrera, bucólicamente rural y cristiana, y contempla como una derrota la baja natalidad y la inmigración extranjera. Es suficiente leer los programas electorales de algunos partidos para encontrar esta mezcla incongruente de natalismo, xenofobia y nostalgia campestre.

Que la España no urbana está más envejecida que el resto del país es una evidencia fácilmente constatable en el gráfico nº 11, donde se superpone la pirámide de población general con la que resulta de representar únicamente a la población residente en municipios de menos de 2.000 habitantes.

Gráfico nº 11. **PIRÁMIDE DE POBLACIÓN RURAL SUPERPUESTA A LA DE LA POBLACIÓN TOTAL**



Nota sobre la definición de España rural: población que vive en los 5.868 municipios de 2.000 o menos habitantes.
Fuente: INE: INEBASE. Estadística del Padrón Continuo a 1 de enero de 2016. Consulta en enero 2017.

ga simbólica en los años posteriores, y el ensayo *La España vacía* (Del Molino, 2016 #3362), que literalmente ha servido de catalizador mediático para el auge del tema.

Pero como se ha dejado claro anteriormente, este mayor envejecimiento nada tiene que ver con una menor natalidad, ni es una característica contemporánea de lo rural frente a lo urbano. Hace muchos siglos que los seres humanos tienden progresivamente a concentrarse en ciudades, proceso que se aceleró con la revolución industrial, y aún más, con el postindustrialismo de las economías de servicios.

A esta tendencia general y planetaria, por la que desde finales del siglo XX más de la mitad de la humanidad reside en ciudades, se suma otra más particular y coyuntural relacionada con el súbito abandono de zonas concretas que han perdido el dinamismo económico y resultan incapaces de proporcionar empleo y una vida viable a sus pobladores. Esto le ocurrió en su día a las colonias fabriles ubicadas en los márgenes de ríos de los que aprovechaban la energía (por ejemplo, en la cuenca alta del Llobregat) y puede ocurrir incluso a grandes ciudades (Detroit perdió «súbitamente» la mitad de su población a raíz de la crisis industrial que la desbancó como mayor productora de automóviles), pero tradicional y masivamente es lo que ha ocurrido a las poblaciones ligadas a la economía agraria convencional.

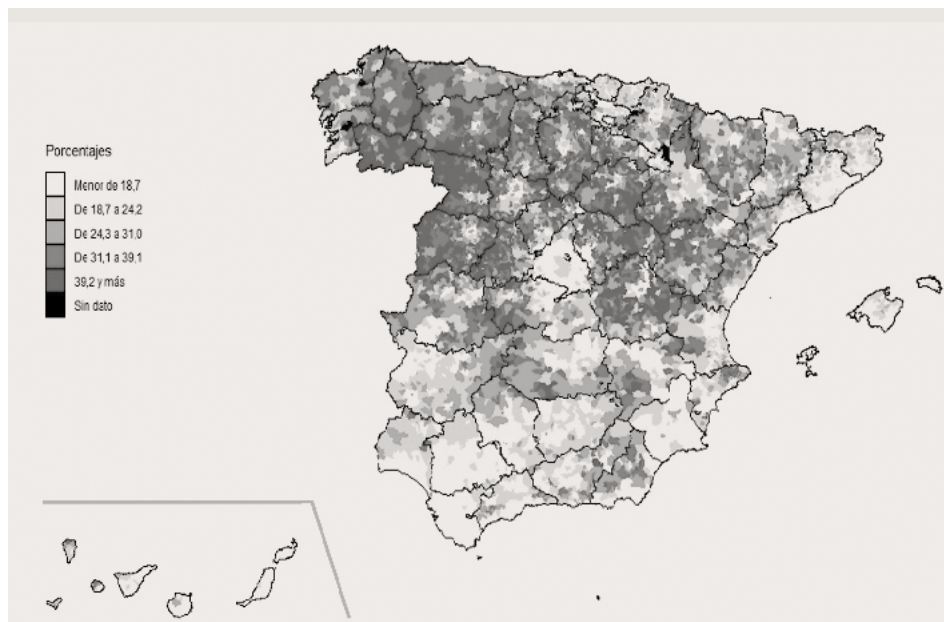
Así que la despoblación rural es una cuestión de emigración de jóvenes a lugares donde iniciar sus estudios, su vida laboral o su propia familia. Las zonas rurales nunca han tenido un problema de fecundidad; todo lo contrario. Esas mujeres mayores que todavía pueblan la España vacía han tenido un número mayor de hijos que las mujeres urbanas de su misma edad.

Un correlato de la afirmación anterior es que las zonas menos activas, las que pierden población juvenil o la perdieron en las décadas anteriores, tienen una estructura por edades más envejecida que las zonas con más oportunidades de trabajo, casi siempre zonas urbanas. Y como la economía española, desde la crisis industrial de los setenta, se ha convertido en una economía de servicios, las zonas del territorio que reciben inmigración son las zonas donde dicha economía crea más puestos de trabajo. Se trata generalmente de las capitales y las regiones costeras, como atestigua el mapa del gráfico nº 12.

Así que este envejecimiento por emigración de jóvenes nada tiene que ver con el cambio de la pirámide que provoca la revolución reproductiva en todo el planeta. Es mucho más antiguo, ancestral de hecho, y afectó en su día a poblaciones del imperio romano cuando este se ampliaba conquistando zonas nuevas de suministros de granos, o a poblaciones de Oriente insertas en la ruta de la seda cuando los portugueses empezaron a circunvalar la costa africana en el siglo XV, o a tantas poblaciones europeas cuando a finales del siglo XIX el transporte a vapor y las grandes haciendas americanas inundaron nuestro continente de productos «de ultramar» a precios con los que el campesinado europeo no podía competir. Nadie va a impedir la existencia de zonas «vacías» en cualquier país, pero existen medidas para encarar sus nefastas consecuencias sobre el entorno, la cultura o el patrimonio, y para mejorar la vida de las personas que permanecen en ellas o las que se animan a convertirlas en su lu-

gar de vida. Esas son las políticas a considerar, en vez de perder tiempo y recursos en avanzar ideas tan absurdas como la del fomento de la natalidad rural.

Gráfico nº 12. PROPORCIÓN DE 65 Y MÁS AÑOS DE EDAD POR MUNICIPIOS EN ESPAÑA (2017)



Fuente: INE: INEBASE. Estadística del Padrón Continuo a 1 de enero de 2017. Consulta en enero 2018.

8. EL SUICIDIO DEMOGRÁFICO Y OTRAS SIMPLEZAS

Si la demografía en España presenta alguna peculiaridad realmente crítica que nos hace diferentes al resto de los países avanzados, no cabe buscarla en el comportamiento de la población, sino en la disciplina que la estudia. A diferencia de Francia, México, Brasil, Australia, Argentina o muchos otros y variados países, el nuestro carece de formación en demografía; se trata de un grado que no se oferta en ninguna de las universidades del país. Uno de los funestos resultados es que el campo está abierto a intrusismos de todo cuño. Estos intrusos sin formación técnica, pertrechados únicamente con sus prejuicios y tópicos aderezados con algunos datos crudos regularmente publicados por el INE, nos condenan al arcaísmo.

En sus orígenes la demografía fue una herramienta contable del Estado moderno, y se apoyó convenientemente en una visión de las poblaciones como «haber», un instrumento para el engrandecimiento interno y la competición internacional. Eran tiempos, finales del siglo XIX, de lucha feroz por la expansión y el dominio colonial, y de auge ideológico del nacionalismo. En ese contexto, el factor demográfico

parecía fundamental a las élites gobernantes. Esta visión instrumental de las poblaciones se tradujo en políticas demográficas muy variadas con las que los Estados pretendían modelar la evolución futura a su antojo, a mayor bien de una concepción abstracta y esencialista de la Nación, por encima de los individuos (inventada sin recato en todas partes mediante falsas «identidades» simbólicas, históricas o lingüísticas). No funcionó, claro. Pese a desembocar en dos guerras mundiales, este ideario de la potencia demográfica y del espacio vital nunca encontró el método para evitar el descenso de la fecundidad, las migraciones o la reproducción de los «menos aptos» (Teitelbaum y Winter, 1985). Si algo aprendió la disciplina, tras haber sido el instrumento que justificó auténticos genocidios, es que las poblaciones no deben ser instrumentos políticos, sino que la política debe ser un instrumento cuyo principal beneficiario sean las poblaciones.

Los demógrafos actuales se centran en la explicación de los fenómenos observados y en las vías por las que los Estados pueden adaptarse y responder para que sus poblaciones optimicen su salud, la calidad de su vida, su capital educativo o sus oportunidades económicas y productivas.

Pero cuando se carece de formación específica en análisis demográfico, como ocurre en España, el resurgir de los arcaísmos ideológicos está servido. Convicciones como que la clase obrera debe crecer y crecer hasta sofocar a la burguesía, o que existe una relación positiva entre volumen poblacional y potencia militar o económica, o que los «nuestros» deben reproducirse más que «los otros», como sostienen todavía ciertas confesiones religiosas o ciertas ideologías nacionalistas, no constituyen rasgos o principios ideológicos sino simples falsedades muy fáciles de rebatir si se dispone de un conocimiento básico de análisis poblacional.

Esos arcaísmos experimentan hoy cierta recuperación, de la mano del conservadurismo antiinmigratorio, confesional y nacionalista en casi todo el mundo, pero en España se han adueñado por completo del discurso, ocupando un vacío técnico clamoroso. La presentación del cambio demográfico como una amenaza, la afirmación de que vivimos una crisis poblacional, incluso un «suicidio demográfico», ha conseguido imponerse, se ha adueñado del «relato». El listado de 19 puntos que el partido político VOX presentó recientemente para negociar su apoyo a la investidura del nuevo presidente andaluz resulta un compendio estupendo de ese relato, pero solo supone una ínfima parte de la inundación⁹.

A nadie parece extrañarle que los libros contemporáneos sobre la situación demográfica española los escriban personas sin formación demográfica. Así ocurre con *La ruptura demográfica. Un análisis de los cambios demográficos* (Barraycoa, 1998) escrito por un teólogo profesor de una universidad católica y destacado miembro del

⁹ El documento *Propuestas de Vox para la investidura del Presidente de la Junta de Andalucía* puede consultarse online en <https://www.voxespana.es/biblioteca/propuesta-vox-andalucia.pdf> (consultado el 14/07/2019).

partido carlista Comunión Tradicionalista. Por su parte, *El suicidio demográfico de España* (Macarrón, 2011) tiene por autor a un ingeniero consultor empresarial ultracatólico, director de la Fundación Renacimiento Demográfico. A su vez, *Una sociedad sin hijos. El declive demográfico y sus implicaciones* (Blanco Désar, 2018) está escrito bajo pseudónimo por un alto cargo de la Dirección Xeral de Relaciones Exteriores de la Xunta de Galicia.

El protagonismo de estos intrusos no es casual, cuenta con el apoyo de partidos políticos, medios de comunicación y poderes económicos de gran envergadura. Corremos el riesgo de que en España el discurso actual sobre la familia, la natalidad o el cambio demográfico acabe monopolizado por dogmas religiosos o tradiciones políticas y confesionales con consignas inmemoriales sobre tales temas (Renacimiento Demográfico, HazteOir.org, Abogados Cristianos, Instituto de Política Familiar, ciertas asociaciones de familias numerosas o sectas como El Yunke¹⁰).

Esta ola extremista, fundamentalista y ultranacionalista está en auge en todo el mundo, y su discurso demográfico no solo es arcaico y falaz, sino que contamina el análisis técnico, estadístico o histórico que los propios demógrafos podamos hacer sobre el tema de este artículo. Las muertes, los nacimientos y las migraciones son el núcleo de los fenómenos objeto de nuestra disciplina, pero llevan camino de abordarse a través de una ideología y un discurso no solo ajenos a dicha disciplina sino constitutivos de una amenaza muy real para nuestro futuro colectivo. Una muestra de hasta dónde puede llegar el discurso extremista la tuvimos recientemente con los atentados a dos mezquitas en Nueva Zelanda que causaron la muerte de cincuenta y una personas. Previamente el autor confeso del atentado había publicado un manifiesto online titulado *The Great Replacement*, aludiendo a la crisis que provoca la baja natalidad propia y la invasión foránea. El inicio del manifiesto es elocuente: «*It's the birth rates. It's the birth rates. It's the birth rates*».¹¹

La explicación del cambio demográfico no es la degeneración, el egoísmo, el hedonismo o el individualismo, sino un incremento radical de nuestra autoexigencia, como personas y como sociedad, cuando se trata de traer hijos al mundo en condiciones cada vez mejores, y en el tiempo, la atención, el afecto y los recursos que les dedicamos el resto de su vida. El resultado es que hoy no son necesarias las elevadas fecundidades del pasado, y ello no conlleva la decadencia o el suicidio demográfico,

¹⁰ El peso de El Yunke es actualmente de tal envergadura en España que está desplazando al Opus Dei en las cúpulas de asociacionismo católico. Su vinculación con VOX o con el ala más reaccionaria de la política española está cada vez más documentada, y su penetración y manipulación del asociacionismo seglar de base puede hoy documentarse de manera abrumadora. Véase https://es.wikipedia.org/wiki/Organización_Nacional_del_Yunque, y la multitud de links y pistas a seguir.

¹¹ Véase el interesante artículo que Leslie Root, demógrafa estadounidense, escribió como respuesta en el Washington Post (18/03/2019) con el título *Racist terrorists are obsessed with demographics. Let's not give them talking points* (https://www.washingtonpost.com/opinions/2019/03/18/racist-terrorists-are-obsessed-with-demographics-lets-not-give-them-talking-points/?noredirect=on&utm_term=.ee03d7e7cef2)

sino que nos proporciona la mejor situación demográfica que hayamos disfrutado nunca en nuestra historia.

Los retos del futuro no son modificar las tendencias demográficas, sino responder a las exigencias que estas plantean: el impacto sanitario que indudablemente tienen (Pérez Díaz y Abellán García, 2016), la manera de compaginar una vida cada vez más larga y saludable con una vida laboral cada vez más breve, la obligada reconfiguración de la igualdad social y de género, la desertización de parte del territorio, el impacto ambiental de nuestros comportamientos colectivos, el urbanismo especulador y desordenado, el desempleo y la difícil inserción de los jóvenes en la vida adulta, la dependencia, la soledad, la forma de enfrentar el final de la vida, la conciliación familiar-laboral... Y mientras todo esto está por resolver, los alarmistas siguen desviando la atención hacia problemas decimonónicos para mantener sus ideologías trasnochadas. La demografía nunca nos fue mejor, pero tampoco fue nunca mayor el abismo que la separa del discurso imperante.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BARRAYCOA, J. (1998): «La ruptura demográfica». Barcelona: Ed. Balmes. *Colección Ensayos Sociales*.
- BLANCO DÉASAR, M. (2018): «Una sociedad sin hijos. El declive demográfico y sus implicaciones». Barcelona: *Economía Digital*.
- CABRÉ I PLA, A. (1989): «La reproducció de les generacions catalanes. 1856-1960». Departament de Geografia. Facultat de LLetres. Universitat Autònoma de Barcelona.
- ESPING-ANDERSEN, G.-E.-. (2013): «El déficit de natalidad en Europa. La singularidad del caso español». Barcelona: Obra Social «la Caixa».
- LLAMAZARES, J. (1997): «La lluvia amarilla». Seix Barral.
- MACARRÓN, A. (2011): «El suicidio demográfico de España». Homologens, Madrid.
- MACINNES, J.; PÉREZ DÍAZ, J. (2006): «The Reproductive Revolution», en Gomes, C. -Ed- Social Development and Family Changes: Cambridge Scholars Press, pp. 150-182.
- (2008): «La tercera revolución de la modernidad: la reproductiva». *Reis: Revista española de investigaciones sociológicas* (122): 89-118.
- MINISTERIO DE LA PRESIDENCIA; UIMP -ED- (2003): «La natalidad en España: situación y estrategias socioeconómicas».
- PÉREZ DÍAZ, J. (2003): «La madurez de masas». Madrid: Imsero.
- PÉREZ DÍAZ, J.; ABELLÁN GARCÍA, A. (2016): «Retos sanitarios de los cambios demográficos». *Med. clín (Ed. impr.)* 146 (12): 536-538.
- SALGADO, L.M.C.; VICENTE, M.J.F.; KREIENBRINK, A.; DÍAZ, C.S.; LAFUENTE, G.S. (2009): «Historia del Instituto Español de emigración». Madrid: Ministerio de Trabajo e Inmigración.
- SPENGLER, O. (1918): «Der Untergang des Abendlandes (The Decline of the West)» Munich.
- TEITELBAUM, M.S.; WINTER, J.M. (1985): «The Fear of Population Decline». San Diego: Academic Press.